María Pasquau Lope 3ºB

LA MAGIA DE LAS LETRAS

Era jueves. No tenía pinta de jueves. Pero es lo que toca, se decía Alberto desde la cama. Total, se resignó y se puso en marcha: desayuno, antes que nada. Que nadie se dirija a mí antes de desayunar, decía siempre, no soy persona.

Ya preparado, se disponía a salir cuando llamaron al timbre.

<< Son las ocho de la mañana, por Dios >>

Mayor fue su sorpresa al descubrir que quién llamaba era el cartero, con una carta escrita a mano para él desde Madrid. << Pero... ¿Qué todavía existen? >> pensó con ironía para sus adentros.

Le dio las gracias educadamente, y se dirigió al trabajo, carta en mano. La verdad era que ni le inspiraba curiosidad ni tenía prisa en abrirla, ya que, si fuera importante, lo que fuera se le habría comunicado por otro medio.

Al parar para comprar un café, le echó un vistazo al remitente. No ponía nada, con lo que por fin consiguió captar su atención. Decidió abrirla cuando estuviera allí, ya que llegaba tarde.

Una vez en el trabajo, atendió unos cuantos asuntos, y preguntó a su secretaria si tenía alguna llamada. Cada mañana, desde que ella se fue, preguntaba lo mismo. Poco a poco, lo preguntaba por costumbre, más que porque albergara alguna esperanza de que así fuera. Sí, si tenía, pero no de ella.

Con unas cosas y otras, se olvidó de la carta misteriosa, y así pasaron días y días.

Hasta que la vio de refilón en su despacho, y resurgió esa curiosidad al percatarse de la falta de remitente, y el hecho de estar escrita a mano.

La abrió, y lo que leyó, si se puede llamar así, lo dejó más confundido que al principio; << ¿Con todas las cosas que tengo que hacer y la gente se dedica a esto? >> Se disponía a tirarla, pero algo le hizo detenerse. << Rebeca. No puede ser. >> Era su firma.

Pero... ¿por qué una carta? ¿y por qué esa carta?

Frases sin sentido, palabras sueltas.

Cuando una rosa da de comer a una abeja

No le mientas, compra aquello del otro día

Me mareo, es imposible el gato negro

Entiendas el color de mis ojos y no, no puede ser

Necesito uno de esos meses bisiestos

Que juegan con las residencias en la colina

Me regalen viejos besos y sonrisas gastadas

Adivines cuándo cómo quién y por qué

Porque ya sabes, lo importante siempre está al principio.

Rc

Parecía que se había vuelto loca. O que se reía de él. << ¿Se estará riendo de mí? No, Rebeca no haría algo así, es una buena persona. >> Cosa que no había sido capaz de valorar en su momento, se recordó con amargura.

Leyó y releyó varias veces la carta, pero no podía encontrarle sentido. Porque no lo tenía.

Hasta que esa noche, ya acostado, se fijó en la última frase. Era la única que tenía sentido, que estaba bien construida. Pero hasta ahí llegaba; << ¿el principio? >> Se le ocurrió pensar en lo que pasó, lo que hizo que ella se fuera. Le llamó cerrado de mente, que no era capaz de ver más allá de sí mismo, que ella lo necesitaba a su lado, que hiciera un esfuerzo por comprenderla.

Fue tan tonto de dejarla marchar, pero después de tanto tiempo, ya daba todo por perdido y pensaba que Rebeca se había ido para siempre de su vida y que nunca más le daría la oportunidad de pararse, dejar de mirar por él, aprender que los intereses de ella eran también los suyos, y aunque sea, hacer un esfuerzo por entenderla.

Y sin embargo, ahí tenía una carta escrita a mano por ella, tras todo este tiempo.

Siempre había sido una chica difícil, cosa que sospechaba era el motivo de que se hubiera interesado en ella desde el primer momento.

El primer momento … el principio. "Porque ya sabes, lo importante siempre está al principio"

Creyó encontrar una pista y no paró de pensar en el momento en el que se conocieron, dándole vueltas y vueltas. Acabó con dolor de cabeza, sin descubrir nada.

<< A lo mejor es todo más sencillo. El principio, el principio de estas frases sin sentido >>

"Cuándo no me entiendas, necesito que me adivines"

FIN